

anticipo exclusivo:
el nuevo libro de poemas
de **Juan Gelman**
País que fue será

LOLA GOLDSTEIN

Chrobry

EL EXTRANJERO

"Del diario privado de Hieronymus Ponizalski" (1934) es un texto inédito hasta ahora en castellano del genial Witold Gombrowicz, de quien se celebró el pasado 5 de agosto el centenario de su nacimiento. *Radarlibros* ofrece una versión de este antecedente del *Diario argentino* de Gombrowicz, uno de los grandes maestros de la literatura del siglo pasado.



Diario de Hieronymus Ponizalski

POR WITOLD GOMBROWICZ

Justo hoy me enteré de que mi artículo "El animal hombre" fue rechazado. Bien pensado –me dijeron–, pero mal escrito. Un poco me dolió. Rechazarme a mí un artículo en el diario, ¡a mí! Preñado de dolor tengo que parir lágrimas. ¿Pero no sabía yo mismo que estaba mal escrito? ¿No me afligía cada una de sus palabras? ¿Por qué uno se vuelve tonto cuando escribe, aun cuando uno no sea un tonto?

¿Por qué? ¿Y por qué, me pregunto, uno es completamente distinto en la vida pública que en la vida privada? La misma persona cambia hasta tornarse irreconocible cuando va del dormitorio a la sala, y de la sala al cuarto de trabajo. Es otra cuando se rasca la oreja, otra cuando escribe un poema, otra cuando proclama su opinión sobre la decadencia moral, otra cuando come milanesas con remolachas. ¡Maldita decencia! ¿Y no será esta división la culpable de esa energía hastiante que hace que en su vida privada todos sean tan grandiosos, tan ricos y polifacéticos, pero sus libros en cambio, sus diarios, discursos y tés vespertinos, sus conversaciones y sus modales huelan tan ranciamente a tedio? Oh, nuestra vida es rica en paradojas horribles, y se podría pensar que en cada uno hay dos personas, una privada y una pública, y la pública domina, limita y asfixia a tal punto a la privada que nada bueno puede salir de eso, salvo la muerte.

¿Por qué la muerte? Porque es lo que se me vino a la cabeza. Y si piensan que voy a seguir retocando acá mi pequeño artículo insalvable y rechazado hasta que su inhabilidad se transforme en habilidad y yo al fin haga justicia a todas las exigencias y los cánones de la vida pública, entonces se equivocaron severamente. No: hay momentos en que hay que ponerse duro y decidirse, y exactamente ahora es ese momento. Interrogado acerca de si yo como escritor pienso seguir trabajando sobre mi persona en aras del ESPIRITU, la CULTURA, el ARTE, etc., respondo: no, no y de nuevo no, por una vez y para siempre no. Si la función de la escritura es una tortura que desemboca en el tedio, entonces rompo mi pluma. Estaría dispuesto al tedio sin tortura, también a la tortura sin tedio, pero un compromiso semejante se halla lamentablemente fuera del ámbito de mis posibilidades. Si no puedo ser útil a la vida pública en nada, entonces no me queda más que retirarme de la vida pública. Y si no estoy capacitado para escribir artículos cultos y públicos no lo intentaré más, sino que lejos de los hombres y sólo para mí mismo me desahogaré en mi diario confidencial, y no para los falsos dioses abstractos del beneficio público sino para mi propio goce y beneficio personal. Sepan que no pienso disminuirme ni voy a permitir que me disminuyan. Como todos, me siento rico; desbordo por así decirlo de sabiduría y estupidez, verdad y falsedad, infamia y virtud; ¿por qué razón debo entonces participar del tedioso, representativo té vespertino de vuestras vidas? Un escritor malo, un escritor que escribe mal y sin preocuparse por el nivel, exclusivamente para su propia satisfacción, ustedes lo llaman grafómano y se creen muy listos. Pero esta palabra debe ser rehabilitada en un tiempo en el que los grafómanos experimentan miles de ediciones y los buenos escritores son rehuidos como la peste.

Hace mucho que me di cuenta de que el adormecimiento de la vida pública se debe a que en la vida pública sólo se muestran los méritos, nunca los defectos. Una verdadera danza de méritos es esto, como una danza de esqueletos. Por eso es que un buen escritor, un autor cultivado, sólo escribe con méritos, nunca con méritos y defectos simultáneamente. ¿Frecuento a Waclaw Grubinski o Adam Grzymala-Siedlecki? No: frecuento únicamente la inteligencia y la fineza de Grubinski y la perspicacia y la virtud de Grzymala-Siedlecki. De ahí esa distancia, esa frialdad, esa monotonía. Para entrar en confianza necesitaría que alguien me contara una anécdota sobre alguna debilidad oculta de Grzymala-Siedlecki. A tal punto hemos llegado que incluso el aviso del sastre Kurcan en la misma KurierWarszawaski (El pantalón rayado, el saco cuadriculado/ Chalecos y calzones acolchados etc. –un poema que probablemente haya escrito el mismo Kurcan) hace mejor impresión y despierta reacciones más fuertes que un artículo inteligente, responsable, burgués, un artículo o incluso un libro entero.

Oh, recién ahora veo cuán fácil es en realidad escribir. La carta más banal (pero que sea privada) o el peor poema (pero que sea personal) leídos con aliento contenido, y las *Memorias* [1836] de [Jan Chryzostom] Pasek [1636-1701], esta aglomeración actual de travesuras de los nobles, conmocionan a la posteridad. Puesto a elegir entre opresión y libertad, entre muerte o vida, tendría que estar loco si dudara más de un segundo. Pero más allá de la higiene personal y el interés personal, ¿no es el santo deber mío, Hieronymus Ponizalski, poner de manifiesto ciertas verdades que no encuentran lugar en el marco de nuestra cultura sólo porque no se trata de verdades cultas sino de verdades de vida?

Esa verdad es la que debe ser expresada, no sólo por malevolencia, sino porque todo lo que vive pide la palabra; y también para limpiar la atmósfera. Noto perfectamente que no se puede soportar mucho tiempo más que la persona pública asfixie y amordace en nuestro interior a la persona privada, que se siente con los muslos abiertos sobre su nuca y que la persona privada le muerda desde abajo el talón con la furia de su impotencia y su sumisión. No, no, la persona pública ha ido demasiado lejos. Percy [¿Shelley?] se elevó demasiado, él o nosotros debemos caer más abajo.

Seguro que se dirá que soy mezquino, desértico, estéril, que no tengo profundidad, que según esta o aquella categoría de la cultura soy negativo y perjudicial. Pero todas las categorías se hacen polvo si el ser humano mismo sale voluntariamente de su tutela y parte hacia un largo paseo solitario. ¿Qué me importan a mí las categorías, plataformas y los niveles culturales si estoy en una plataforma y un nivel lejano de cualquier cultura? Por las dudas y preventivamente advierto que yo soy un grafómano, que escribo para mi propio goce maníaco, así como muge la vaca. ¿Qué me quieren hacer ahora? Ahora aparto sin aflicción a los leones salvajes y cabalgo sobre un dragón gigantesco. Y para el caso de que lo que dije hasta ahora no llegara a alcanzar, y para el caso de que siguiendo viejas malas costumbres me instaran a una idea, un mensaje, un sentido, entonces respondo sencillamente:

Zanahoria

y pongo en esta palabra de peso toda la felicidad de la liberación del terror, toda la alegría por el equilibrio recobrado ahora que al fin ya no tengo más miedo ni me avergüenzo, toda la dulzura de la libertad y el placer de la creatividad. ¡Salud, nivel bajo, gesto anticultural, poco profundo, banal, frívolo! ¡Salud!

El hombre imperfecto

Seco atravesé las vastedades del océano, el coche se sumerge en lo verde y nada como un bote (A[dam] Mickiewicz [1798-1855]). La verdad es que mis palabras de la semana pasada hace tiempo que se hundieron en la corriente del olvido, del Vístula [el río más largo de Polonia]. Pero precisamente por eso, ¡a la tarea! ¿De qué se trata? ¿Qué me gustaría? Yo no quiero más que: ser sincero. Sacar de mí la voz de mi propia privacidad en oposición a la voz pública. Mostrarme en toda mi verdad y debilidad, revelarme sinceramente y no en frac, no en levita, sino de forma natural, podrida. ¿Cabe mi voz, la voz de realidades terrenales y poco apetitosas, en una revista estatal, en la revista más pública de Polonia? ¡Creo que sí, creo eso precisamente aquí y precisamente de esa manera! Porque si el curso de la historia quiere que el Estado tenga entrada en cada nicho, entonces debe escuchar con atención la voz de la vida, debe estar alerta a que la construcción se alce sobre fundamentos firmes y no sobre la arena prohibitiva de las quimeras culturales. Y en lo que respecta a nosotros los seres humanos, cuando el Estado nos ampara bajo su ala, ¿no debemos ocuparnos no de morir bajo ella, sino de vivir? Tendamos un puente, establezcamos una juntura entre la cosa pública y la privada.

Y ante todo quisiera, en pleno sentido de la responsabilidad, así como de la supe-



rioridad e importancia de mi rol, exponer mi reacción frente a la polémica que libraron hace poco dos conocidos escritores. Y vean cuán valientemente toco yo este tema, aun cuando los dos meritorios y conocidos escritores me superan en mucho dentro de la jerarquía social. Es la verdad lo que me da coraje. ¿Qué pasó? Uno de los escritores atacó mordazmente el libro del otro escritor, a lo que éste le devolvió la pelota con una respuesta hiriente y aquél volvió a golpear con más fuerza aún. De verdad: nada había de horrible en ello, y tales excursus personales, servidos con veneno y sarcasmo, se leen con mucho placer. Ayer comí huevo pasado por agua, leí y reí para mis adentros. Tengo sin embargo que advertir a los dos escritores que esta risa ya no es la misma risa con que hubiera saludado un combate semejante hace unos diez años, ¡pero si los habrá habido! No, de ninguna manera me alío al uno en su sarcasmo contra el otro, sino que guardo una neutralidad hostil y me río de ambos por igual con esa risa de la poquedad autocomplaciente, una risa llena de nihilismo que hoy en día suena tan a menudo en todo el mundo, secreta, en casas privadas, en conversaciones privadas, y que es más peligrosa que las revoluciones.

Pero, ¿qué es lo que regocijó de esa forma a mi poquedad y mi bajeza? Fue el clasicismo, el clasicismo del procedimiento. "¡Ja, ja, ja!", grité. "¡Muy bien, bravo! ¡Uno acusó al otro de citar mal! ¡Y el otro de hacerle falsas imputaciones! ¡Naturalmente! ¡Bravo! ¡Uno protesta contra los métodos polémicos del otro, éste a su vez sostiene que fue el otro el que empezó! ¡Ja, ja, ja, excelente! En una palabra: ¡como de costumbre!" Y mi poquedad, mi pequeñez no se cansaba del clasicismo del proceder, de la mordacidad convencional de los dos literatos reñidos. "¡Exacto, exacto, sí, exactamente así!", estuve gritando hasta que la criada Aniela metió la cabeza en la puerta y preguntó si había pasado algo. Le contesté con el desprecio, el tremendo y fulminante desprecio del individuo particular: "No, nada, un par se pelearon ahí en el periódico". "Ah", dijo la criada. Y nosotros dos, es decir yo y la criada, nos miramos con secreta alegría en los ojos, pues nada es tan apetitoso para el pueblo común como ver a dos escritores conocidos tirándose dardos sutilmente. Y nada me regocija más, a mí y a mi criada, que ese ingenioso sistema de alzarse sobre el otro, el sistema de la ironía, del sarcasmo, de la parodia, de la fuerza serena y la seguridad de sí mismo, todos estos trucos literario-culturales y sin embargo homicidas que usa primero una parte y luego, no con menor maestría, la otra. Perdónenme, señores míos, nada en contra de vuestros méritos, lo digo únicamente a guisa de información. Alguna vez debía ser dicho, y yo lo digo en el día de hoy: ciertos sistemas han pasado de moda en mi psique y ya no surten efecto. Lo que antes era bueno hoy ya no lo es. ¿Y por qué? Por lo siguiente, señores míos: porque Ponizalski, o sea yo, o sea el lector, conocemos demasiado bien la cara sucia, porque sabemos demasiado bien cómo se hace eso, cómo se hace eso en la polémica y en la vida: darse importancia. Conocemos esas muecas. Y anoto al margen una resolución moral: desde hoy valoraré en mi conciencia sólo a los seres humanos verdaderamente grandes, o a aquellos que tengan coraje para su pequeñez. Para aquellos que sólo elevan su importancia, ¡abajo con ellos! ¡Humíllenlos!

Y lo otro que me movió de las cosas recientes fueron los artículos de [Ferdinand] Goetels [1890-1960] y [Jan] Parandowskis [1895-1978] en la *Gazeta Polska* sobre el hombre perfecto. ¿Les apetece un par de palabras amargas para su información? No sé cómo fue históricamente y qué ideal de hombre perfecto imaginó la humanidad, pero sé que hoy llevo metidos en mí no un mito del hombre perfecto sino cincuenta de esos mitos. Consideren únicamente: los periódicos demócratas-nacionalistas plantan en mi alma (¡y con cuánta obstinación!) el mito de que sólo cuenta el demócrata-nacional, el resto es suciedad y podredumbre, usurería judía. Pero tomemos el "Levantamiento de la juventud", éste impone otro tipo, otro mito, otro ideal humano, según el cual todo el resto es pequeño-burguesía demócrata-nacional. Bien: pero el catolicismo, no menos militante, exige que yo sea como él quiere y que combata todos los otros tipos que hay en mí, de otra forma me prostituiría en un lodazal. Sí, pero el pacifismo, no menos militante, corta mi alma con un filoso, filoso cuchillo y le injerta otro tipo distinto y exige que sea de tal forma, ¡y cuidado si no lo soy! Y algún otro otra cosa, y otro más otra cosa más y cada uno manosea, modela, injerta. ¡Jardineros de oficio! Y todos estos mitos, estos hombres perfectos, transplantados de forma pedagógica en mi alma, se muerden, combaten y se elevan unos sobre los otros, juegan con mis instintos más bajos, se dan de puñetazos en la boca hasta hacer retumbar mi alma. Y mi alma se estremece y se agacha y ya no sabe cómo debe ser para que la dejen en paz.

Estrecho es, estrecho y malo, inhóspito de alguna manera, incómodo, oh, qué mundo, tanta suciedad, tanto terror, tantas palabras horribles, hirientes, ¡tantas filosas, frías lanzas con fines pedagógicos! Me voy debajo de un árbol, a llorar. O quizás me voy debajo de un árbol, a silbar. Digan, ustedes los ¿hombres?: ¿son sólo estos horribles pedagogos –hombres– o son también los partidos, grupos, grupos de fabricantes? ¿Y creéis que esta clase de furiosa fabricación de ideales, tipos, programas y lemas sirve para algo? ¿Que esta violencia permanente sobre mi persona da algún resultado pedagógico? ¿Creéis que yo no sé que vuestros intereses privados, el interés de funcionarios de oficio, se halla inseparablemente unido a esto de torturarme porque al fin y al cabo ustedes hacen con ello? ¡Llorar como silbar! Sepan que todo lo que hoy se logra se logra bien lejos de esa repugnante pedagogía. Y ustedes, asesinos, no despiertan en mí más que asco por mi propia persona, ustedes logran que me sienta frío y distante de mi propia persona, ustedes matan el patriotismo de mi yo en mí (con el que empieza todo patriotismo); no puedo vivir y por eso muero, y sobre mi sepultura no debe haber ni flores ni un monumento, ni siquiera una lápida con inscripción, sólo un perro debe haber ahí, un perro que llore y que reciba látigo. El sol cae, debo cerrar. Me da curiosidad saber si alguna vez se imprimirán estas palabras.

Trad. Ariel Magnus

Vitalismo sin fronteras

POR ARIEL MAGNUS

Witold Gombrowicz nació en Maloszyce el 5 de agosto de 1904, en el seno de una rica familia católica (su padre era abogado y terrateniente). Licenciado en Derecho por la Universidad de Varsovia, residió en París durante tres años. En 1929 volvió a Polonia, donde publicó sus primeras obras. *Memorias de la inmadurez o Bakakai* (1933), *Ferdydurke* (1937) y *Los hechizados* (1939) son algunas de las obras de ese período. En 1939 se embarcó en un viaje promocional en transatlántico a Buenos Aires, a donde llega el 21 de agosto y donde lo sorprende el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. *Transatlántico* (1951), *Diario argentino* (1957) y *Pornografía* (1958), así como la traducción local de *Ferdydurke*, que debe considerarse como un libro reescrito enteramente, fueron publicados en Argentina, mientras en Polonia su obra caía bajo el manto de la censura. De 1965 es *Cosmos*, dos años después de su regreso a Europa (Berlín, en primer término; Vence, Francia, hasta el fin de sus días en 1969). Hoy su obra comienza a ser integralmente reeditada por la editorial Seix Barral.
A los treinta años, poco antes de exiliarse en Argentina por más de dos décadas, Witold Gombrowicz publicó en la *Gazeta Polska* de Polonia el *Diario privado de Hieronymus Ponizalski* (1934). Precursor del célebre Diario que aparecería en 1953, este texto injustamente olvidado y nunca traducido al castellano constituye uno de los primeros intentos del escritor polaco por pensar la privacidad en términos estéticos y políticos. Ambiguo, ácido, irreverente como nadie de su generación (en Polonia y más allá también), "el pobre polaco" ataca en estas páginas al sistema del que acabaría huyendo y al que nunca más volvería.
Detrás de los giros absurdos y del tono presuntamente caprichoso, Ponizalski (apellido que en polaco suena a humillación y menosprecio) practica una lúcida defensa del individuo y de la libertad individual frente a la opresiva y desquiciante labor de los "pedagogos" (hombres, partidos, grupos de poder). Más tarde, con su obra de madurez, ya no quedarán dudas, pero basta leer estos apuntes de juventud para entender por qué el autor de *Ferdydurke*, a 100 años de su nacimiento y 35 de su muerte, sigue siendo uno de esos escritores incómodos que sus respectivas naciones recuerdan con algún recelo. Para los argentinos es más fácil: así como él eligió este lado del océano para vivir sus años de madurez creativa, recordarlo no es un deber patriótico sino un acto voluntario. Recordarlo con sus verdades y sus debilidades, como pide Ponizalski.



FOTO: SEBASTIÁN FREIRE

ENTREVISTA

Europa bajo llave

En *Esclavos. Informe urgente sobre la inmigración en España* (Sudamericana), Cristina Civale investiga y denuncia el trato al que se somete, bajo la máscara de la inmigración ilegal, a esos muertos en vida que son los que padecen el éxodo. A continuación, una entrevista con la autora.

POR MARTIN DE AMBROSIO

La tesis del libro de Cristina Civale *Esclavos. Informe urgente sobre la inmigración en España* es potente: a España le conviene que los inmigrantes llamados clandestinos (o "sin papeles") sigan en esa condición y por eso no hace nada para legalizarlos ni para acabar con la llegada masiva de extranjeros. Las razones para mantener esa situación serían dos: por un lado, porque los inmigrantes están dispuestos a hacer trabajos que los naturales a esta altura ya rechazan –como en áreas de gastronomía, el servicio doméstico, la prostitución, etc.–; y por otro lado, porque cada euro que es utilizado para pagarle un subsueldo a un empleado en negro vuelve casi automáticamente al mercado en blanco, ya lavado. "Existe una voluntad bastante fuerte para generar una bolsa de clandestinos que permanezcan siempre siendo clandestinos para alimentar el mercado negro de trabajo", asegura Civale, entrevistada por *Radarlibros*. ¿Plan sistemático? "Plan sistemático me suena un poco fuerte, pero sí puedo hablar de una voluntad bastante poderosa de no acabar con la clandestinidad sino promoverla como mano de obra mucho más barata que la de los españoles o comunitarios." Según Civale, hay muchos datos que pueden alimentar la suspicacia. Sin ir más lejos, las deportaciones que no se ejecutan. "Cuando atrapan a un clandestino, la actitud es incoherente: te echan pero no te echan, te echan pero te dan un papel en el que figurás como deportado y donde dice que te tenés que ir en 15 días, pero a la vez te dan una lista de ONG a las que podés recurrir para quedarte..."

Civale –periodista, escritora y guionista de televisión– vivió dos años en Madrid antes de mudarse a Génova, donde ahora vive, y fue entonces que comenzó a advertir lo que estaba sucediendo con los inmigrantes. "Viví en el barrio de Lavapiés y noté que no nos dejaban 'hacer la España', tal como ellos sí habían hecho la América. Yo no era clandestina, porque soy ciudadana italiana gracias a mi abuelo, pero vi que la gente era discriminada y empecé a investigar el tema. Y después me sorprendió la mano dura en el plano discursivo, y vi que eso no se llevaba a cabo en la práctica sino que los dejaban pasar siempre que quedaran como mano de obra barata, en ese limbo de vida, de existir pero más o menos."

Otra idea poderosa de *Esclavos...* es que la situación de los inmigrantes ilegales de todas las nacionalidades ("si uno no tiene papeles, da lo mismo ser argentino, colombiano o nigeriano") en muchos puntos no difiere de la que sufrieron los esclavos africanos hasta bien entrado el siglo XIX. "Algunas modalidades han cambiado, pero al no tener elección las personas para trabajar, o al no poder moverse de la situación en la que están, o al tener que saldar deudas, la esencia de la esclavitud se mantiene. Curiosamente, este año la ONU está recordando aquella esclavitud: me parece entonces muy oportuno hablar de los nuevos esclavos y recordar que en Europa siguen existiendo."

Ahora, los inmigrantes incluso son obligados a pagar sus faltas administrativas (no tener los papeles en regla) con la pérdida de la libertad: en España, estos "delincuentes" sin papeles son encarcelados en los denominados Centros de Internamiento de Extranjeros, donde incluso llegan a ser torturados ("la tortura no es algo esporádico en España", sentenció un veedor de la ONU, según cita el libro). "Esos lugares –asegura Civale– me hacen acordar bastante a los centros clandestinos de detención de la dictadura argentina."

El libro también dice que cada año son traficadas 4 millones de personas en el planeta. Después de las armas y las drogas, es el tráfico que más dinero produce (según la ONU, unos 21 mil millones de dólares). ¿De dónde sale esa cifra?

–Ese número se calcula de la gran cantidad de gente que va de América latina hacia Europa y Estados Unidos; de toda América hacia Australia; y del Africa magrebí y el Africa subsahariana hacia Europa, y de Europa Oriental a Europa Occidental. Es la suma de esos desplazamientos en formano oficial, ilegal. El mercado surge en el transporte, porque esta gente no usa transportes ortodoxos; ni aviones, ni barcos de línea. Entonces inventan nuevos medios de transporte. Si vas de Afganistán a Londres, viajás sucesivamente en una gran cantidad de camiones que te meten en la parte de atrás, o entre las gomas y los acoplados. Eso cuesta mucho dinero: hacer la ruta Afganistán-Londres así puede salir 10 mil dólares. Y sucede que de cien personas que salen, quedan vivas dos; el resto se va perdiendo en el camino. Pasar de Africa a Europa a través de España y cruzando en una patera (barcos neumáticos, especie de gomones de marca Zodiac) cuesta entre 3 mil y 5 mil euros. Hay billetes más caros que implican que si te agarra la policía y te deporta, igual tenés derecho a tomar la siguiente patera e intentarlo de nuevo. También hay pateras que van por Italia.

¿Cómo se hace el ingreso a España desde Africa?

–En cada una de las pateras entran 40 personas, pero llegan a cargar hasta el doble. Cruzan desde un punto del norte de Africa hasta un punto de España. Son entre 3 y 50 kilómetros, pero lo que pasa es que la zona más fácil de entrar ya está muy vigilada y se buscan alternativas. El tipo que maneja las pateras, llamado "Tiburón", no es una buena persona que te lleva de onda. Es un traficante de personas, cobra dinero, y si se pone peligrosa la cuestión y puede ir preso, no tiene problemas en tirar al agua a sus "pasajeros" y volverse solo al punto de partida.

¿La opinión pública española conoce lo que sucede o está todo soterrado?

–La gente no sabe mucho. Los diarios cuentan: "Llegaron las pateras y murieron 14", "Otro aluvión". Eso es lo único que se dice. Y yo pienso: "Bueno, llegó el aluvión... Pero, ¿qué hicieron con los sobrevivientes?". Después de eso, los diarios no dicen nada. Sin embargo, ya hay mucha gente que, enterada del maltrato, trabaja a favor de los derechos de los inmigrantes. Porque es claro que hay violaciones a la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Parece mentira que algo así pueda suceder hoy en España, pero sucede de un modo escondido. Aunque hay también municipios como el de Barcelona que tienen una actitud muy progre y alientan a que el inmigrante no se deje pillar por la Ley de Extranjería, que sólo trata de reprimirlos y criminalizarlos.



FOTO: LAURA KOVENSKY

ANTICIPO

Lectores de Gusman

En *Hablan los otros*, editorial Norma ha recogido a modo de homenaje gran parte de los textos críticos sobre la obra de Luis Gusman. A continuación se reproducen algunos párrafos de la introducción de María Moreno, quien caracteriza al libro, con justicia, como una historia de la crítica.

POR MARÍA MORENO

Con injusticia Manuel Puig, que necesitaba rebautizar con el nombre de las divas del cine para fundar una amistad, lo llamaba Mecha Ortiz. En el caso de Luis Gusman, no apeló al estilo sino a la similitud física: la voz grave y arrastrada y esa delgadez extrema que, antes del cuello, buscaba la simetría a través de unas envidiables "perchitas": esas clavículas de visibilidad imprescindible para las modelos de *haute couture*. Injusticia porque en este caso Puig no apeló al catálogo de las estrellas de Hollywood que se reservaba para sí sino al de la Argentina Sono Film. Es que el flaco era totalmente cine nacional, como Cortázar era colegio nacional y David Viñas, literatura y realidad política... nacionales. Una fotografía lo muestra junto a su amigo Germán García, ambos sentados sobre una mesa cargada de libros. La pose y la utilería parecen proponer una versión a las fotografías de escritores donde los libros se encuentran detrás y sus imágenes no cesan hasta los bordes del encuadre e ilustran la cultura del modelo, la que literalmente *le cubre las espaldas*. Luis Gusman y Germán García eran entonces, quizá no al mismo tiempo pero en la misma época, libreros, pero la familiaridad con la mercancía no alcanza a explicar esa pose cómoda y confianzuda. Mientras el escritor de las fotos oficiales le da la espalda a los libros que, su supone, lo respaldan, ellos los tomaban de asiento o, yendo más allá, les mostraban el culo. Es decir, se sentaban sobre los grandes nombres de las tapas, devolviendo a los textos que el escritor oficial subía a los estantes, sólo alcanzables para la lectura, su base material de objeto de uso práctico. La expresión de los dos es socarrona, consciente de la cámara, pero al mismo tiempo con un resto de sorpresa que parece retener un instante anterior de complicidad compartida. De amistad temprana a la que le acababan de poner la firma en la fundación de una revista-libro, la primera en desprenderse del artificio de la ilustración y que sonaba como grito de guerra: *Literal*. Ese dúo era en realidad un trío y ese trío un cuarteto que, devenido quinteto, a veces perdía un lado. Estaban junto a ellos Jorge Quiroga, Osvaldo Lamborghini y Ricardo Zelarrayán. Pero Zelarrayán no figuraba en la revista. Prefería espolear a sus miembros con ese estilo tan suyo que le hace conceder los beneficios de su enemistad sólo a los amigos íntimos. La fotografía era también de prontuario: los modelos habían escrito dos libros que la censura prohibió para perfeccionar la circulación clandestina y la invención de dos autores de culto, expresión odiosa que todavía los fragores del campo cultural no habían permitido emerger. ¿Qué tenían de culto esas páginas de autofiguración radiante inspiradas por la lectura de Henry Miller de *Nanina*, esa blasfemia contra el *pater familiae* donde se erotizaba a la madre y los hijos eran clandestinos de *El frasquito*? Mientras crecían los que se pasaban el dato de esas lecturas malditas, ellos eran malditos efectivos ante la municipalidad que encontró a los autores *degenerados* y, en efecto, no había género para describir lo que hacían. Osvaldo Lamborghini, menos visible, circulaba en esas conversaciones de secta como una carta guardada y su libro *El fiord* era un ataque masivo a la lengua donde CGT eran las iniciales de un personaje llamado Carla Greta Terán. *Literal* salió entre 1973 y 1977. Hoy, un acento sobre esas fechas hace que se lea de otra manera. Pero entonces su existencia era una fiesta donde los incluidos inventaban cada día otras formas de inclusión –exclusión fuera de las cartillas oficiales–, armando el propio mapa de fronteras siempre franqueables. *El frasquito*, antes del semen congelable y de la paternidad tecnológica, guardaba en su contenido ficcional la prueba de un amor que se confundía con el deseo y, con su esperma derramado y disperso, se derramaba también una paternidad posible para proliferar en múltiples fragmentos fecundos.

EL PÚGIL

En una ocasional reunión de amigos celebrada en un departamento compartido, un joven invitaba a escuchar en medio del hacinamiento de su cuarto –camaradas de bares y librerías de la calle Corrientes– el ruidode una máquina de escribir en el cuarto de al lado. Allí se alojaba Luis Gusman. Era un tecleo oscilante, que se entrecortaba de manera tan irregular que así sonaba como la ejecución de una pieza dodecafónica. El joven decía que su vecino *fingía* escribir, sospechando la presencia femenina en el cuarto de al lado. La conversación dio vueltas, pero el señalamiento retornaba de vez en cuando bajo nuevas formas burlonas. Cuando Luis Gusman apareció en la puerta todos imaginaron que mimaba el gesto del que, interrumpido en una tarea enjundiosa, demuestra modales, aun fastidiado, y sale a saludar. Luis Gusman estaba desnudo de la cintura para arriba. Allí estaban las "perchitas" que decía haber heredado de su madre, el cinto que necesitaba de varias presillas para no colgar, el aire tímido. Se esfumó rápidamente y las bromas se renovaron. Debía entonces estar escribiendo *El frasquito*. En el instante anterior al bautismo en la literatura parecía necesitar presentarse desnudo, o bien, al tener que lidiar con un territorio aún impropio, se imaginaba como un púgil. La injuria originaria provocada por la bizquera –Vizcacha– había sido eliminada por una operación. Pero ahora su mirada se enderezaba ante algo más definitivo: la página de su porvenir literario. Era una escena equivalente a la escena de lectura donde el escritor se recuerda fingiendo leer un libro cuyo contenido adivina o sabe de memoria porque le ha sido leído en voz alta, y adelanta su deseo de aprender a leer convenciendo a un público. De esta manera se insufla una voluntad que se expresa "leyendo antes de ser y siendo lo que lee". Luis Gusman escribía fingiendo escribir lo que escribía antes de ser escritor.

Mientras tanto, desde la librería donde se conspiraba para mantener cierta autonomía de la literatura en el campo cultural, Gusman solía deslizar con aire clandestino *Celestino antes del alba* de Reinaldo Arenas, y *Baal, Babilonia, Viva la muerte* de Fernando Arrabal. Era el Reinaldo Arenas del Premio Nacional de Novela en Cuba que luego se suicidaría *contra el régimen* en una contrafigura del modelo sacrificial guevarista. Era el Arrabal que camuflaba su autobiografía bajo la forma de carta abierta y le enrostraba al generalísimo Franco la desaparición de su padre, condenado a muerte y fugado, muerte cargada en singular como la que Rodolfo Walsh imputaba a la Junta Militar en su célebre carta: la de su hija Vicky. Gusman señalaba así a sus precursores y sembraba esa peste entre sus amigos lectores. Ese "Celestino" de los libros –en quien, como en *La Celestina* de Rojas, no se podía diferenciar si facilitaba una pasión porque reconocía una afinidad o la imponía al transferirla–, antes del alba de su escritura, decía que en *Baal, Babilonia, Viva la muerte* bien podía leerse *"Baal Babilonia viva"*, debido a una lengua suelta en un estilo para diferir *"la muerte"*.

LA PARTIDA

¿Puede diferenciarse una autobiografía cifrada en una trama de ficciones bajas como *El frasquito* de otra literaria como *La rueda de Virgilio*? ¿Acaso los pasos infieles de La madrecita de *El frasquito* no se prefiguraban ya en los que la madre de *Celestino antes del alba* dirigía al pozo para suicidarse a los de aquella otra madre que en *Baal, Babilonia, Viva la muerte* orientaba a la institución para denunciar a su marido *rojo*, antes de prefigurarse en *La Gradiva* de Jensen citada por Freud y con el libreto literario de *Sobre una degradación general de la vida erótica* del mismo maestro?

¿Puede hablarse de *apropiación* cuando se rapta un texto de Rilke, de quien se dice que murió al pincharse con una espina de rosa, al desfigurarlo haciéndolo convivir en el montepío de otro texto junto a la palangana de los abortos y una alusión a la película *En un burro, tres baturros*?

Dispuesta a realizar una *fellatio*, una prostituta, infiltrada en un ministerio, para ejercer su servicio y recién salida de la peluquería, extraía una servilleta de su cartera y ante la mirada azorada del cliente se la colocaba a modo de babero. Otra, de larga cabellera, se la arrancaba de la cabeza y comenzaba a peinarla con prisa, antes de que su efímero *partenaire* volviera del baño. Estas figuras que Gusman desplegaba en sus relatos orales con el título de *La mujer del babero* o *La mujer de la peluca* no eran anteriores a su condición de autor sino deudoras del acto de releerse, y esos personajes eran un desplazamiento de *Carne con ojos* y *La Deda* de sus ficciones. Lo cierto es que la serie que va de *El frasquito* a *Cuerpo velado* se cierra en *La rueda de Virgilio* para convertir ese libro en archivo del pasado, no para dejar sentado que *eso ya no existe* sino que ya no existe *de ese modo*.

Con los años, cuando la injuria devino escritura y con el girar de *La rueda de Virgilio*, Luis Gusman explorará otros caminos sin dejar de hacerse reconocer en sus mitologías primeras. Fue en el paso de esa pandilla eufórica donde las escrituras venideras de sus huéspedes dejó de ser *guacha* para abrirse a los legados del mundo.

NOTICIAS DEL MUNDO

¡A mansillar! Organizado por María Moreno, el "Parlamento Lucio V. Mansilla" que se instalará (bajo el módico rótulo de "Jornadas") entre el 19 y el 21 de agosto en el Centro Cultural Ricardo Rojas amenaza convertirse en uno de los acontecimientos del año. "Digan lo que quieran, si la felicidad existe, si la podemos concretar y definir, ella está en los extremos. Yo comprendo las satisfacciones del rico y las del pobre; las satisfacciones del amor y del odio; las satisfacciones de la oscuridad y las de la gloria. Pero ¿quién comprende las satisfacciones de los términos medios: las satisfacciones de la indiferencia; las satisfacciones de ser cualquier cosa?", escribió Mansilla; y ésa es la frase que su ilustrísima discípula ha elegido como advocación del multifacético encuentro. El jueves 19 a las 19 María Moreno, Osvaldo Baigorria y Cristina Iglesia se reunirán a charlar sobre la escritura de Mansilla. A las 21 Américo Cristófalo, Marisa Moyano y José Carlos Depetris se referirán al tema de la frontera en la obra del general-cronista. El viernes 20 a las 19 Patricio Fontana, Loreley El Jaber y Julio Schwarzman hablarán sobre aspectos sensoriales en la obra de Mansilla. La mesa se llama, claro: "Los cinco sentidos". A las 21 del mismo día será el turno de la "Causeries", que serán comentadas por Martín Kohan, Claudia Román y Alan Pauls. El sábado la cosa empieza temprano: a las 16 habrá "Causeries en vivo", a las 18 una entrevista pública a Edgardo Cozarinsky, y a las 20 comienza la *Kermesse Mansilla*, con exposición de caricaturas, un kiosco para tomarse fotografías a la Mansilla (o cómo dialogar con la propia imagen) y un kiosco "Leubucó" con degustación de vinos, carbonada y arroz con leche. La puesta en escena y ambientación estará a cargo de Graciela Camino; las fotografías serán tomadas por Sebastián Freire y Cristina Banegas es la invitada especial y de lujo. La cita es en Corrientes 2038 y la entrada es libre y gratuita.

Cortazariana Se inauguró la megamuestra multimediática *Presencias*, sobre la vida y obra de Julio Cortázar, con investigación y dirección general de Liliana Piñeiro y Facundo de Almeida. La muestra itinerante funciona desde el miércoles pasado en las salas Cronopios y C del Centro Cultural Recoleta (Junín 1930) e incluye diversos pasajes audiovisuales (más de 150 fotografías inéditas, películas basadas en la obra de Cortázar, documentales, "estaciones de audio" en las que el escritor desaparecido lee sus textos, obras de teatro, etc.). La muestra (que ya pasó por Bogotá, La Paz y Río Gallegos) permanecerá abierta al público porteño hasta el 12 de septiembre.

ENTREVISTA

Fragmentos de autobiografía

El próximo martes a las 18.30 se presenta en el Centro Cultural España (Florida 943) *El observatorio editorial*, el libro de crónicas y ensayos de Jorge Herralde, el celebrado fundador de Anagrama. A continuación reproducimos algunos tramos de la entrevista que abre el volumen y un fragmento del prólogo escrito por Rodrigo Fresán.

POR NURIA AZANCOT

Este año, Anagrama celebra sus primeros 35 años. ¿Cómo ha cambiado el mundo del libro español, del franquismo a los últimos años de Aznar pasando por la transición?

–El paisaje editorial ha sufrido (y no es mala palabra) una transformación radical. En las primeras décadas del franquismo la etiqueta editor independiente no existía porque todos lo eran y daban su nombre a la editorial: Janés, Caralt, Noguer, Seix-Barral, Plaza. Con alguna excepción como Lara, que empezó como Lara, quebró, y reemprendió su suerte como Planeta, o Destino, por lo de la unidad de destino en lo universal de sus orígenes falangistas. Luego en los '60 hubo la irrupción de las editoriales izquierdosas, sin apellidos, por ser un equipo editorial o por el rechazo al culto de la personalidad, todo muy *sixties*: Ciencia Nueva, Cultura Popular, Cuadernos para el Diálogo, Ediciones 62, Anagrama. Y en destacadísimo lugar, la admirable Alianza. En resumen, un paisaje variopinto y atomizado. Los catálogos reflejaban el gusto y el estilo de los editores y sus equipos, a veces caprichosos y *amateurs*, pero también a menudo admirables como en el caso de Janés, la Seix-Barral de Carlos y en menor medida Luis de Caralt. Un síntoma interesante: había entonces, básicamente, tres premios de novela. Dos literarios: el Nadal, indispensable en los '40 y los '50, y el Biblioteca Breve de Seix-Barral, que lo desbancó del liderato en los '60, y uno comercial ya desde sus inicios, el Planeta.

En los '70 un grupo de ocho editoriales –Barral, Lumen, Tusquets, Laie, Ediciones 62, Fontanella, Cuadernos para el Diálogo y Anagrama–, culturalmente vanguardistas y políticamente progresistas, empezamos una muy estimulante aventura colectiva, la fundación de Distribuciones de Enlace y la creación de una colección común, Ediciones de Bolsillo. Pese a los numerosos percances de la censura, contra Franco editábamos, si no mejor, sí contra un adversario que era inequívocamente el malo de la película y que estaba empezando a agrietarse.

Saltando tres décadas y situándonos en el siglo XXI, aparece la teocracia del mercado y la concentración editorial, con grandes grupos transnacionales y multimedia, como el imperio Planeta y sus muchos sellos y sus conexiones en prensa y televisión, el grupo Santillana y su vinculación con Prisa, dos potencias como Bertelsmann y Mondadori unen sus fuerzas en lengua española bajo el sello Random House Mondadori, mientras el otro gran grupo, Anaya, propiedad de la arruinada Vivendi, comprada por Lagardère, espera el veredicto de Bruselas [con posterioridad a esta entrevista, Bruselas se pronunció en contra de la incorporación de Vivendi al grupo Hachette]. Y, a menor y más incierta escala, Ediciones B del Grupo Z.

Volviendo a los premios literarios como síntoma significativo y estrictamente español, nos encontramos con su proliferación manicomial, a la caza de los quince minutos de gloria. Planeta, por ejemplo, debe tener varias docenas repartidos entre sus editoriales. Aunque más que manicomial el problema es estructural. Y como subproducto de los premios: ahora, una de las funciones principales de las agentes literarias (como en el fondo bien saben mis queridas amigas) es facilitar el tráfico de autores de premio a premio.

La respuesta ha sido larga, pero la pregunta era para ponencia o curso monográfico.

¿Qué balance personal hace de lo vivido y sufrido estos años como editor?

–Para mí ha resultado apasionante, no podría concebir un mejor empleo del tiempo, con sus aceleraciones y sorpresas permanentes, sus montañas rusas. La deliberada y obstinada construcción de un catálogo, el cuidado artesano por el libro y a la par su más enérgica promoción, la continua relación con material tan sensible como los autores. Con satisfacciones mayúsculas como haber contribuido en los '80 al lanzamiento internacional de la marginada literatura española, o los numerosísimos y celebrados galardones otorgados a autores de la casa. O la singular felicidad, que tan bien conocen mis colegas, de descubrir en un manuscrito desconocido la voz de un auténtico escritor. Y etcétera, etcétera.

Fue el primero en denunciar la muerte súbita de los libros... ¿a qué se debe que la situación se haya agravado? También alertó sobre el fenómeno de la concentración editorial... ¿por qué cree que al final la cuenta de resultado no les acaba cuadrando a los grandes grupos?

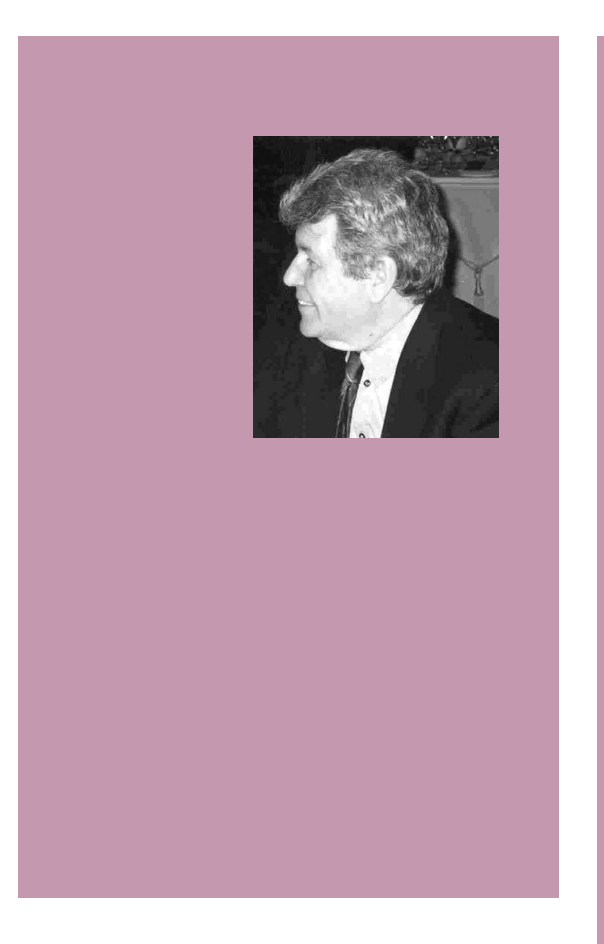
–La muerte súbita de los libros es el corolario inevitable de la concentración editorial, de la sobreproducción, de intentar rentabilizar al máximo el espacio de librerías, cadenas, grandes superficies, de los contenedores varios de libros. El resultado de la huida hacia adelante estaba cantado. Se ha derrumbado con estrépito Vivendi, uno de los grupos mayores del mundo, mientras que otros grandes grupos han debido reducir novedades, despedir personal, pagar menos anticipos, etcétera. Cuando se acaba la ingeniería financiera, la contabilidad creativa y otras presuntas sofisticaciones, aparece la verdad más chata: en la caja no hay un duro. Y entonces no hay más remedio que actuar en consecuencia: cirugía urgente, incluso serrucho "Matanza de Texas", como hace poco en Espasa.

¿Qué cree que va a pasar en los próximos años con esos problemas (la vida cada vez más reducida de los libros, la concentración, la distribución, los niveles de lectura...)?

–Aunque el efecto rodillo de los grandes grupos haya laminado tantos jóvenes proyectos (incluso propios), pienso en determinadas editoriales independientes, con un perfil, un catálogo y un proyecto editorial reconocible, apostando por la calidad, que han atravesado sin percances estas últimas etapas. Desde veteranos como Tusquets, Pre-Textos, Siruela o Anagrama hasta El Acantilado, Lengua de Trapo, Trotta, Antonio Machado o Minúscula.

Y en Barcelona hemos tenido un caso ejemplar, de laboratorio: el Grup 62 se empeñó hace unos pocos años en querer jugar en otra liga, sin conocimientos ni recursos. En el 2003, con un nuevo equipo directivo, se ha impuesto drásticamente la sensatez, con resultados muy esperanzadores: del principio del placer al principio de realidad.

¿A quién cree que podrá confiarle la edi-



torial cuando ya no se sienta con fuerzas?
–Ésta es una pregunta para la caja negra.
¿Lo peor siguen siendo los colegas?
–Buen número de los colegas objetivamente "peores" viven aterrorizados ante un posible despido (o un despido más, quizás el definitivo). Pero, en fin, convengamos que algunos colegas no sean lo peor, sino el sistema, aunque se aprecien al menos las "buenas maneras", a veces olvidadas. Cursillos de urbanidad, ya que no de ética imposible.
Ha reunido escritos y artículos, pero, ¿por qué no se plantea escribir sus memorias, sin censuras?
–Aunque disfruto mucho con las memorias de mis colegas –leí las de Barral y ahora las de Salinas (esperando impaciente la segunda parte, cuando empieza su vida de editor)–, no me apetece sentarme solemnemente a escribir mis memorias (y no sólo por la falta de tiempo). Me divierte más ir escribiendo a ratos perdidos (o más bien bajo presión) crónicas profesionales y discontinuos fragmentos de autobiografía.

Un tiburón amable

POR RODRIGO FRESÁN

El título bajo el que Jorge Herralde hace comulgar a estas páginas –*El observatorio editorial*– me parece acertado y revelador. Herralde es uno de esos profesionales que no se limita a leer primero y a editar después sino que –antes y durante y después– también *observa*.

De ahí que me atreva a definir estas piezas breves en longitud, pero amplias en su alcance como "miradas". El resultado de años de pasearse por librerías cercanas y extranjeras (en las que Herralde, yo lo he visto, pasa revista a libros y libreros con la misma mirada exigente con que, estoy seguro, Napoleón dedicaba a sus tropas), por ferias internacionales, por presentaciones de libros en el Hotel Condes de Barcelona, y por bares y fondas y restaurantes de todas partes.

Para Herralde el *métier* de la edición –como el de la escritura– es una tarea de 24 horas sin séptimo día en el que descansar. No hay tregua ni descanso, y para mayor prueba y evidencia de esto leer el ensayo/método "Un día en la vida de un editor" incluido en estas páginas.

Si una impresión distintiva e inmediata produce Herralde es la de que –como los tiburones– no descansa, no se queda quieto, y es siempre sensible a las vibraciones que hacen los otros en el agua. Supongo que también puede oler la sangre desde kilómetros de distancia. Hasta en la situación más o menos *decontracté* –en las penumbras de la barra del Giardinetto, en los brillos de esa cita irresistible que es el Premio Anagrama, o en la ya tradicional post-Navidad para los que los Herralde (no olvidar la importancia de la lugarteniente Lali en todo esto) abren su casa el 25 de diciembre por la noche– se tiene la sensación de que este hombre consigue sacarte información sin que te des cuenta. De no haber sido editor, estoy seguro de que Herralde hubiera sido un magnífico "extractor" de secretos *top-secret* en cualquier servicio de inteligencia.

Así, una conversación con Herralde es una disciplina artística en sí misma donde no faltan las carcajadas, los susurros conspirativos, las cejas enarcadas y, otra vez, la risotada llena de dientes afilados. Pero –también hay que decirlo– Herralde es un tiburón con la elegancia y la inteligencia del delfín. Un tiburón que estaba leyendo *Moby Dick* cuando el resto de sus colegas leía *Tiburón*. Un eximio animal social y un sensible hombre en lo privado. Un experto a la hora de sintonizar –de observar y de mirar antes que muchos reparen en ello– algo que está en el aire o en el agua y, enseguida, llevarlo a su territorio.

Prueba de ello es este libro.

EL EXTRANJERO

A BIT ON THE SIDE
William Trevor

Viking
Londres, 2004
244 págs.

William Trevor (County Cork, Irlanda, 1928) es el típico escritor que una de esas mañanas de octubre se despertará con la noticia de que ganó el Premio Nobel y obligará a periodistas de todo el mundo a hurgar en Internet para saber algo sobre su vida, obra y genio y figura.
Sin embargo, Trevor siempre estuvo allí. Comenzó como escultor (disciplina y arte que nada cuesta percibir en sus textos, golpeados y reducidos hasta alcanzar una bruñida potencia medular), fue publicando novelas y ganando premios dentro del paisaje anglo y así, poco a poco, se convirtió en uno de esos perfectos "escritores para escritores" que, de paso, gozan del favor del gran público de su país al ser muy a menudo adaptado por la televisión pública. Cuentos fáciles de traducir a imagen, diálogos por los que matan los mejores actores. Porque si por algo será recordado y por algo resulta imposible olvidar a Trevor es por la calidad y la cualidad de sus cuentos. "El más grande escritor vivo de relatos", escribió su compatriota John Banville. Y no se equivoca.
Lo que no significa que títulos como *Readin Turgueniev –novella* incluida en *Two Lives* de 1991– o la cuasi hitchcockiana novela *Felicia's Journey* de 1994 sean despreciables. Todo lo contrario. Pero lo cierto es que Trevor es sinónimo excelso de *cuento*; y cuando en 1992 publicó el monumental *Collected Stories* y *The New Yorker* le dedicó muchas páginas a su *profile* consagratorio fueron demasiados los que pensaron que el hombre –que se había mudado a Dorset, en Inglaterra– se retiraba para, tal vez, volver a esculpir. Error: siguieron llegando las magníficas novelas –esos raros *thrillers* existenciales que son *Death in Summer* (1998) y *The Story of Lucy Gault* (2002, y que acaba de editar Salamandra en España)– pero, también, nuevas colecciones de relatos con vistas a un *Collected Stories Vol. 2*: *After Rain* en 1996 (incluyendo el magistral "The Piano Tuner's Wives", perfecto ejemplo de la turbia claridad del talento de Trevor), *The Hill Bachelors* (2000), y ahora los doce nuevos cuentos de *A Bit on the Side*.
¿Qué decir? Nada nuevo, por suerte. Trevor continúa siendo un escritor cruel con sus personajes –entre los que suelen abundar los seres desequilibrados, las personas en trance, los adictos a la culpa, los muertos todavía tibios y poderosos, todos ellos vagando por las calles de las ciudades y los caminos campesinos de un país que no deja de agitarse– a los que redime con una prosa elegante y exacta para placer de quien sostiene el libro y se cree lejos de ellos pero, de pronto... Chejov, claro; pero, también el Joyce de *Dublineses*.
Hay mucha tristeza en todos y en cada uno de los relatos –tan concentrados en su poderío, tan potentes como novelas deshidratadas– que conforman *A Bit on the Side*. Lo que no impide que uno vaya sintiendo la más perfecta de las felicidades a medida que los va leyendo y –habiendo alcanzado el último párrafo del relato que da título al libro, título de resonancias alimenticias, donde se lee aquello de "Nada del amor había sido destruido hoy"– uno se diga, sí, "quiero más".

RODRIGO FRESÁN

Cine de bolsillo



BUSCADOS VIVOS
Juan Sasturain

Astralib
Buenos Aires, 2004
294 págs.

POR JONATHAN ROVNER

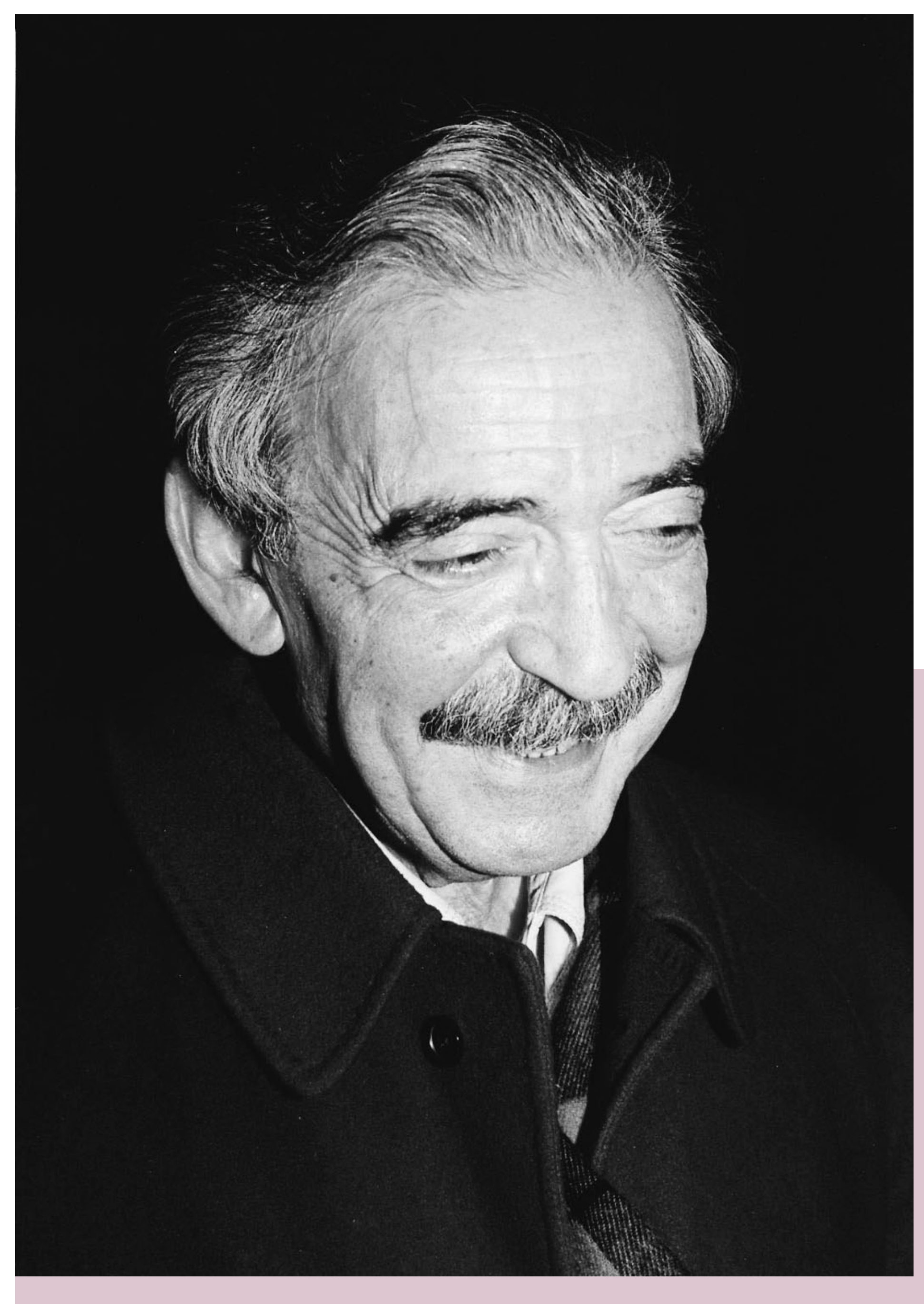
Habría, según Sasturain, entre los artistas una raza muy particular. Se caracteriza por la compulsión de contar a través de imágenes. Entre ellos hay contadores de historias y contadores de chistes; fabuladores de vidas y creadores de mundos imaginarios. Casi todos, personas que, en algún momento de su vida, han jugado al oficio de ser dioses. Son los dibujantes de comic. Posiblemente como un homenaje a esa raza, Sasturain acaba de publicar *Buscados vivos*, el libro en el que recopila sus entrevistas, opiniones y artículos sobre los grandes dibujantes y autores de la época de oro de la historieta argentina.

Especie de cine portátil, la historieta de aventuras fue, durante generaciones, la gran pasión de niños y adolescentes. Muchos se dedicaron a leerlas con absoluto fervor, e incluso, los más obsesivos, llegaron a formar vastas y valiosas colecciones de ellas. *Buscados vivos* está escrito con las voces de sus autores, entre las que se intercala, afectuosa y analítica, la de Sasturain, quien por momentos parece estar sentando las bases para una teoría literaria del dibujo. La misma llega a explicitarse, por ejemplo, cuando escribe "Oski dibuja con la impunidad temblorosa de un chico: las cosas como son –literalmente– y no las cosas como parecen o se manifiestan. Todo un programa que no necesita articulación o formulación para ser revolucionario, lo es, con la rotundidad de un par de medias a rayas tiradas en medio de la Historia".

Hablan con Sasturain, en este libro, entre otros, Hugo Pratt, creador de *El Corto Maltés*, Francisco Solano López, dibujante de *El Eternauta*, y Juan José Salinas, padre de todos ellos, autor del sindicado *Cisco Kid*, el comic distribuido en todo el mundo por King Features durante 18 años. Hoy, más cerca de ser una especie en extinción, aquellas colecciones de historietas mantienen viva el aura de otros tiempos. Quizá por eso Sasturain parece tener la idea de que la experiencia del comic es intransferible. Hay que haber estado allí, de niño, pendiente del desenlace de una historia, para entender la emoción que significa conocer, años después, a sus autores.

Por eso, esta aparente sucesión de entrevistas debe leerse, ante todo, como el trabajo de un coleccionista. En sus páginas, Sasturain recopila las voces, la historia y algunos detalles de "la cocina" de cada autor. Así, por ejemplo, el Tano Pratt cuenta que hacía muchos "hombres de la jungla", no porque le gustaran especialmente sino porque cuando se equivocaba, para no rehacer, cubría con negro. Y lo cuenta con cierto orgullo: "Yo nunca le tuve miedo al negro, aunque los dibujantes le temen porque es un hecho expresionista; tenés que dominarlo bien para usarlo. A mí me importaba cuatro pepinos... Yo a veces sólo quería tapar las equivocaciones".

Como si fuera una tesis doctoral, pero para la universidad de la calle, el libro de Sasturain va y viene de la técnica a la vida, de la obra publicada a la biografía de los autores, con la fluidez de una charla. De Pratt a Oski, del humor a la aventura, recupera el tono coloquial y reposado de las conversaciones.



ANTICIPO

Toda una fiesta

***País que fue será* es el título del último libro de poemas de Juan Gelman que recopila poemas escritos durante 2001 y 2002 en México. Anticipamos a continuación algunos de esos textos, en los que el preciso alambique poético de Gelman ha destilado su poesía hasta más allá del límite en el que nos habíamos acostumbrado a leerlo. Como a los grandes poetas, a Gelman le bastan unas pocas palabras para interrogar el mundo y postular la poesía como interrogación pura (no es casual que muchos de los poemas reunidos en este libro planteen preguntas). Acompañamos esos poemas con un fragmento de John Berger, tomado de su excepcional ensayo sobre Frida Kahlo.**

Cómo decir

POR JOHN BERGER

La mayor parte de la poesía de Gelman fue escrita en el exilio en las décadas de 1970 y 1980, y la mayoría trata de los compañeros, unos compañeros entre los cuales se incluyen su hijo y su nuera, a quienes la Junta hizo desaparecer. Es una poesía en la que los mártires regresan y comparten el dolor de quienes los lloran. Su tiempo está fuera del tiempo, en un lugar donde los dolores se encuentran y bailan, y quienes sufren conciertan sus citas con lo que han perdido. El futuro y el pasado están excluidos de ella, por absurdos; sólo está el presente, sólo la inmensa modestia del presente que lo afirma todo, salvo las mentiras.

Los versos en los poemas de Gelman suelen estar puntuados con barras, que de alguna manera recuerdan el ritmo del tango. Pero las barras marcan también unos silencios que niegan la entrada a toda mentira (son la antítesis visible de la censura, que se impone invariablemente a fin de defender un sistema de mentiras). Sirven para recordar lo que descubre el dolor y ni siquiera el dolor puede decir.

(tomado de *El tamaño de una bolsa*)

El retrato

La risa que pasó en coche
deja huellas en
la mujer de la foto.
Se encienden los brazos
de Josefina, tan pobre como usted.
Está sola
en palabras que no quieren hablar.
Algo crece en sus dedos y el blanco
de sus ojos perdidos parece
drama de cabaré.
¿Y esto que gira, esta
sangre que no se termina de secar
entre lo separado? ¿Los pájaros
que cantan cuándo?

¿A quién?

Estoy de pie en el día que arde y
veo tu rostro al fondo.
¿A quién amas ahora que amaste?
A veces
volvés en una foto angosta
y repaso cómo soñabas
en los fierros de la compasión.
No sé llegar a la isla
del tamaño de tus cenizas.
La muerte sin avisar no tiene
la protección que
se hace con lágrimas.
Cruza la noche y
apaga rostros.

Ojalá

¿Qué vida había
en la suavidad de
tu mano sobre
trabajos del pasado?
Es lo que sangra, son
los dedos de tu levedad
en la noche que nos entrega
a nosotros mismos.
La mañana desata a la ciudad,
nuestra vez se disuelve.
¡Ojalá siempre seas,
ojo que mira el
fuego que cae de lo alto, el borde
al que tu llanto asoma!

País

Cuando el dolor se parece a un país
se parece a mi país. Los
sin nada se envuelven con
un pájaro humilde que
no tiene método.
Un niño raya con la uña
lluvias que no cesan.
Está desnudo en lo que va a venir.
Una ilusión canta a medias
un canto que hace mal.

Desaparecidos

La dispersión del jazmín
llena el cuarto
cercado por la mañana.
Han desaparecido los barcos
que navegó mi juventud en
un vacío incesante. Ahí se hunden,
rozan el luto sucio
de una lengua cortada.
La memoria es una cajita
que revuelvo sin solución. No encuentro
umbrales. ¿Es
una forma de la emoción?
A medias sola, odiada,
prospera su ira de fuego.

Qué

A Francisco Hernández

En la cara que tiembla en
la tristeza de la poesía hay
el deseo de que sea feliz,
ella.
¿Qué otra felicidad importa?
El aire alrededor mal encendido
no tiene lengua
y se comprende qué es:
esta mesa, el árbol, la verdad
de un intervalo humilde, eso
que el lado izquierdo deja pasar.
La belleza del mundo
es otro fantasma del mundo
con rápidas ventanas
a las que se asoma, no yo.
Hay extraños del otro lado.

Iraq/ 2003

Brillan ojos ciegos de fracaso
entre el perseguido
y el perseguidor.
Un ruido baja de la lengua torpe,
palabras, palabras, hace falta
un mínimo de ninguna explicación que
desaloje fantasmas de la noche. ¿Quién
los llamó? ¿La búsqueda
de la verdad siempre es tristeza?
¿Y los niños, los locos, los casi nunca, los
que van a no fueron y pasan
bajo un cielo al revés?
Los días alteran el paisaje,
hay infiernitos que
ni saben calentar.
Los párpados mudos,
el consuelo de un dedo con un pájaro,
los errores raídos, caen
de su reflejo al corazón.
Corazón es una palabra que puede cesar.
Un tigre raspa la postergación.
Ahora que el ciego mira
la sombra más chica es eterna.